

su familia a Bilbao; esta
 e la partida de la familia
 e del gran disgusto que le
 Paseando un día a caballo
 do en virtud de orden del
 to de semejante desafue-
 sar gran cantidad de dia-
 rvo que la reina, acosada
 ven americano con Mallo,
 los indicios de alguna in-

hacia, rehusó someterse a
 a castigar al primero que
 aquel sitio atinaron a pa-
 pero después de esto nada
 n Madrid. Provisto de un
 a unirse con el objeto de
 mente pudo gozar de tan
 precisado a regresar a la

a que traen del mismo su-
 el incidente no a la reina
 es el despecho y la ira de
 que acababan de hacerle,
 Bernardo que estaba de-
 anduvo el camino de Ma-
 rde la vida.

la reina y Mallo, Godoy
 trónico. —“Manuel, díjole
 n refiere Savine), ¿quién
 es y caballos nuevos; ¿de
 lido, Mallo no posee nada
 y fea, que roba al marido
 ía, y dijo a la reina, que
 “¿Qué quieres que diga, le
 e de broma?”

se en la política del reino,
 podía competir con Go-
 extranjero (si bien nacido
 tales asuntos. “Mallo, es-
 a ser nada. Su nulidad
 ansia de gozar de la au-
 az que, hastiado hace mu-
 te oficial, ha podido con-
 Mallo es mayordomo de
 tiles-hombres, que sirven
 despilfarra en joyas, caba-
 espías y sin libertad para
 s, es sin duda el hombre
 concebir que pueda encon-
 Apenas el Príncipe de la
 feliz Mallo se disgustó con
 dano Bonaparte a Taille-
 na humorada de la reina,

la cual se ha arrepentido de ella al día siguiente. El Príncipe le ha ayu-
 dado a volver a la gracia, porque es el único hombre que le conviene.”

Sin duda los acontecimientos gravísimos que después se atropellaron
 y cambiaron sustancialmente la vida de la corte, como fueron el motín
 de Aranjuez, la abdicación de Bayona, la usurpación napoleónica, el ad-
 venimiento de Fernando VII y el destierro de Carlos IV y María Luisa a
 Roma, influyeron decisivamente en la carrera de Mallo, quien tuvo luego
 un fin desastrado y trágico, pues Fernando le dio el cargo de gobernador
 de una de las Antillas, adonde no llegó, porque el capitán del barco traía
 la orden reservada de arrojarlo al mar, como efectivamente lo hizo.

No es difícil colegir que con la muerte de Mallo quiso la corte sepultar
 para siempre muchos secretos de que tal individuo era poseedor, por la
 privanza de que había gozado. Fue, pues, nuestro compatriota una victi-
 ma más inmolada a la razón de Estado, que Maquiavelo invocaba como
 suprema norma de la conducta de los príncipes.